

6. Acción

San Sebastián está casi a cuatro millas al Oeste del puerto de Pasajes. Desde el barco lo primero que se divisa es la rompiente de la playa de la Zurriola en el barrio de Gros. El río Urumea separa esta zona del centro de la ciudad, protegido de la mar por el monte Urgull, detrás del cual aparece la bahía. Desde el cielo es una concha cuya bisagra coincide con la Isla Santa Clara.

Siguiendo las instrucciones de las autoridades de la República, el convoy formado por el pesquero y por el Torpedero nº 3 entró en la bahía de San Sebastián. Era pleno verano y habrían parecido embarcaciones de recreo, pero el olor a humo y azufre que llevaba el viento Sur hacía presagiar la tragedia; tan solo un par de días antes la playa estuvo abarrotada de gente tranquila que tomaba baños de mar, la bahía surcada de veleros y el paseo inundado de canotiers y pamelas. Ahora, el vacío humano confería a la ciudad un halo esperpéntico, cuyo silencio era atravesado por irregulares disparos de fusil en la cercanía del puerto. La población sorprendida y expectante se había refugiado en sus casas y los veraneantes en sus hoteles y pensiones. Las noticias que llegaban de Madrid eran contradictorias. Algunos ya no volverían a su lugar de origen.

Las órdenes eran escuetas: *Zumbarles en los edificios ocupados que estén a tiro desde el mar*, y eso se limitaba al Casino, al Náutico y al hotel María

Cristina, los otros objetivos quedaban lejos, dentro de la ciudad, entre los civiles. La marea alta favorecía la aproximación, el pesquero, más frágil, se mantuvo cerca de la isla alejado de los disparos, mientras que el torpedero gris se colocó paralelo al Náutico mostrando todo su estribor a los rebeldes y comenzó a lanzar sus proyectiles.

—Como vuelvas a fallar te mato a hostias —gritó el patrón al marinero, sospechoso de hacerlo a propósito, después de que éste reventara la playa vacía.

—Egizak berriz¹⁴. —Le daba otra oportunidad.

Descargaron su artillería con saña, aunque su escaso calibre no produjo grandes daños materiales, pero el silencio de los fusiles rebeldes presagiaba que estaban acojonados. Misión cumplida.

De pronto, un trueno anunció, con unos segundos de antelación, la respuesta artillera de los facciosos desde unas baterías allá en la montaña, en Ametzagaña. Obligados por los proyectiles rebeldes, los dos buques abandonaron la bahía sin precipitarse, casi con indiferencia, uno tras el otro, muy cerca, como un preso y su carcelero, lo que eran.

Una de las pocas embarcaciones deportivas que estaba fondeada cerca de la playa comenzó a escorarse hasta que la cruceta de su mástil tocó el agua. Es probable que los proyectiles lanzados desde tierra le abrieran una brecha de agua. Los pescadores del Lina se percataron de ello a los lejos y lo celebraron como una victoria propia, saludando con sus boinas. Había en ese gesto cierto simbolismo de la lucha de clases tan arraigada.

—¿Queda munición? —preguntó Locuras desde el puente de mando.

—Como para barrer el cantábrico —alguien gritó.

14 Atrévete otra vez

—Pues, vamos a echarles una mano a los del hotel María Cristina. Está un poco más lejos, pero después de las prácticas que habéis hecho... Aupa mutillak!¹⁵

Los vítores se multiplicaron para ratificar la adhesión de quienes hasta hace unas horas no sabían de qué bando estaban.

La maniobra no era tan sencilla como lo fue en la bahía, el barco acusaba el movimiento de las olas, pusieron proa a ellas, a poca máquina intentando estabilizar el buque. Los dos primeros proyectiles cayeron cortos, uno al río y otro a su muro de contención, por temor a impactar en edificios civiles o en el teatro Victoria Eugenia, donde la infantería miliciana acosaba a los rebeldes. Sin embargo, las siguientes tandas fueron directas a la fachada enemiga, una y otra vez, como atraídas por un imán.

El polvo y el humo enturbiaban la visión. Además, ahora el buque atacante estaba protegido por el monte Urgull de las baterías enemigas que antes lo azuzaron desde una colina cercana.

Al atardecer, el convoy amarraba en Pasajes San Pedro. El torpedero no volvió a su base de Antxo, por si acaso lo atracaron en el muelle de pescadores y a su estribor, bien sujeto, el pesquero, obstaculizando cualquier movimiento. Misión muy cumplida.

Un pelotón de guardias de asalto esperó a que los barcos estuvieran atracados para solicitar la custodia del comandante rebelde encarcelado en el vivero del pesquero. La sorpresa fue mayúscula cuando no lo encontraron por ninguna parte, se había fugado. Hubo tensión entre ellos, queriendo buscar cómplices y culpables. Se intuía una ejecución rápida de los posibles colaboradores en la marinería.

15 ¡Ánimo chicos!

La oportuna intervención del jefe de la expedición, el patrón del Lina, evitó el fusilamiento de algunos sospechosos. Su merecido prestigio aplacó los ánimos furibundos.

—Se habrá soltado él mismo. Le atamos bien pero en esa bodega hay de todo, estábamos en nuestra batalla y, la verdad, se nos había olvidado que teníamos a bordo semejante personaje —aclaró el patrón.

—Daremos el parte e iremos por él —contestó el sorprendido sargento con mirada incrédula.

El patrón recordó que, mientras el torpedero estaba atacando en San Sebastián, el pesquero se refugió cerca de la isla; pudo ser que, de tanta tensión, cuando la tripulación estaba pendiente de la batalla por una banda, el individuo saltara por la borda y nadie reparara en su fuga. Nunca supieron cómo se había escapado pero, más tarde, les confirmaron que había atravesado la frontera con Francia uniéndose a los rebeldes por los Pirineos.

Los fascistas rebeldes se rindieron en la ciudad al día siguiente, seguro que la armada republicana con los improvisados buques de guerra, contribuyó a minarles la moral. Antxon volvió de su particular incursión un día más tarde que Krispín, pero con dos kilos menos y con otra cara más severa; había visto y olido la muerte de cerca. Los dos se habían hecho algo mayores y se abrazaron, superando su timidez, estaban de nuevo juntos y vivos, después de unos momentos muy largos de incertidumbre y de tanta tensión.

La guerra estaba empezando y ellos dos, tan pacifistas, habían participado ya de forma activa. Casi como un juego pero con olor a pólvora, ruido de cañones y cadáveres. Habían envejecido. Mala suerte.